

Recensión: Miravalle, John-Mark L., *Defensa de la belleza*

Rosario Izquierdo*

En un mundo que ha perdido el valor de lo bello y su carácter objetivo, e incluso donde muchas veces se le rinde culto a lo feo antes que a la belleza, el autor sale en este libro en defensa de la belleza, intentando responder a las preguntas de qué es y por qué resulta importante. Se trata de un escrito de divulgación que no supone a un lector experto ni familiarizado con el tema, sino que expone las múltiples ideas sintéticamente y con un lenguaje sencillo.

Respecto a la importancia de la belleza, el autor comienza el libro asegurando que el hombre fue creado para ella, tal como fue hecho para el amor y la felicidad (p. 5). Esta tesis se desarrolla a lo largo del libro, que está organizado en tres partes divididas, a su vez, en capítulos. La primera trata sobre la naturaleza de la belleza; la segunda, sobre la belleza natural, y la tercera, sobre la belleza sobrenatural. Cada una de estas partes incluye varios apartados, donde el autor plantea y desarrolla brevemente innumerables temas relacionados con la belleza.

Nos encontramos frente a un libro que abarca el tema de la belleza principalmente desde una perspectiva moral. Miravalle escribe en un estilo apologético, dirigido a un público con fe. Probablemente a causa de esto, formula varias tesis de considerable importancia sin preocuparse de desarrollarlas demasiado ni de argumentarlas cuidadosamente, sino que se apoya constantemente en textos del *Catecismo de la Iglesia Católica* y otros documentos de la Iglesia, de santos, papas y de otras fuentes relevantes en el ambiente católico.

En la primera parte, establece una interesante relación entre la experiencia estética y la vida moral. Si tenemos en cuenta que las pasiones son sentimientos o deseos que surgen como reacciones frente a aquello que se nos presenta a través de los sentidos y, que la belleza implica la percepción del bien y de la verdad por medio de imágenes sensoriales, ésta conduciría al sujeto a actuar de acuerdo con aquello que ha percibido. Esta experiencia estética no nos deja indiferentes, sino que nos dirige hacia una bondad y verdad espirituales. El autor defiende una "conexión crucial entre la experiencia estética y la vida moral" (p. 10). De lo anterior deduce un deber moral respecto a la belleza, porque ésta ordena las pasiones dirigiéndolas a la virtud. En otras palabras, la tesis

* rizquierdo1@miuandes.cl
Universidad de los Andes, Chile

sugiere que quien busca la belleza asumirá los atributos de lo bello y, en consecuencia, llevará una vida bella. No obstante, esta postura y su consecuencia moral no queda lo suficientemente esclarecida, como diré más adelante.

Con todo, este no es el único factor que avala la importancia de la belleza, pues ella, además de conducir al bien, es buena en sí misma. En el libro, se exponen las características propias de la belleza e incluso se dedican unas pocas páginas a explicar la belleza como un trascendental del ser, es decir, como una propiedad de todo ente real (pp. 22-30). Este tema, se podría haber desarrollado y aclarado más, lo que habría evitado algunas confusiones en lo que sigue del libro. En efecto, me parece que, al no desarrollar los fundamentos filosóficos, no se logra dilucidar lo suficiente la tesis principal de la obra, a saber, la relación entre belleza y moral o, en palabras del autor, entre una vida bella y una vida buena.

Miravalle, afirma que el Cielo será la participación en la experiencia estética de Dios (p. 83). Esto da lugar para pensar que debemos situar a la belleza como el trascendental más importante en cuanto fin de la vida humana. Sin embargo, si el autor se ha apoyado innumerables veces en textos de Tomás de Aquino, debiera estar de acuerdo con el Aquinate en que la belleza tiene una estrecha relación con el bien, como el mismo autor intenta presentar a lo largo de toda la obra en cuanto relaciona la belleza con la moral. El fin del hombre es “ser bueno”, es decir, llevar una vida moral tal que le permita unirse a Dios en el Cielo; el bien, entonces, es el culmen de los trascendentales, lo que no quita que la belleza esté presente en este proceso, en cuanto, si seguimos los textos del Aquinate, lo bello está incluido en lo bueno.

El apartado siguiente del mismo capítulo, se refiere a la belleza de la naturaleza, que nos remite a su Creador. “La belleza de la naturaleza consiste precisamente en que expresa la inteligencia y la libertad de Dios” (p. 18). En la naturaleza descubrimos las propiedades de la belleza porque ella es nuestro principal referente de lo bello. La naturaleza es el arte de Dios y debe servir de paradigma para otras formas de belleza.

En relación con lo anterior, en el segundo apartado reflexiona sobre el arte humano. Se entiende por arte la creación de algo bello, porque toda obra artística es un intento de reproducir la belleza de la creación.

Por último, una vez demostrado que toda belleza natural expresa la belleza del Creador, dedica la tercera parte del libro a la belleza sobrenatural. Del mismo modo que todo bien creado debe conducirnos al Bien no creado, el arte cristiano debe conducirnos a Dios, pues Él es la suma belleza. A lo largo de esta parte, Miravalle va haciendo mención y explicando escuetamente la belleza de Dios, de la Trinidad, de Cristo. Recién al hablar del Hijo, el autor nombra las tres propiedades de la belleza según santo Tomás, a saber, perfección, proporción y esplendor, sin

desarrollar la idea. Ahora bien, durante toda la obra se ha hablado de que debe haber “criterios objetivos para juzgar la belleza creada o producida por el ser humano”. Estas tres propiedades, que recién el autor menciona hacia el final del libro, son los criterios que se tienen en cuenta en una estética realista. Por esto, me parece que correspondía más explicarlas al comienzo del libro, cuando se establecieron las bases filosóficas, para poder así aplicarlas a las distintas realidades bellas que Miravalle menciona a lo largo de su obra, educando así al lector a una estética con valor objetivo”.

Al llegar al final de la obra, Miravalle explica que todo arte cristiano debe revelar la belleza de Dios y recorre distintos ámbitos en lo que esto sucede, como la liturgia, la música, la arquitectura, entre otros.

El libro concluye dedicando algunas páginas a la creatura más bella creada por Dios, a saber, la Santísima Virgen María (p. 101). Sostiene el autor que ella, toda hermosa, debe ser siempre nuestro ejemplo. Al imitarla, nos encaminaremos hacia su Hijo, el más bello de los hombres, quien nos conducirá, finalmente, a la contemplación de la belleza de la Santísima Trinidad.

Referencias:

Miravalle, J.-M. L. (2020). *Defensa de la belleza* (Kindle ed.). (A. Rice Derquí, Trad.) Madrid: Rialp.